

24 de Marzo de 2017

HOS14: 2-10

MK 12: 28-34

A medida que el cedro del Líbano florece, también nosotros. Debemos dar el fruto de nuestra fe. Sin embargo, inicialmente nuestros primeros padres escogieron el fruto prohibido y separaron a toda la humanidad de Dios nuestro creador. Ellos comieron el fruto del árbol prohibido, y él y todos los árboles y plantas del Jardín del Edén murieron. Las plantas y los árboles ya no daban frutos. El árbol fue maldecido y murió. Pero, porque Dios amó tanto al mundo, Él envió a su único Hijo para redimirnos. La madera del árbol proveyó el pesebre en el cual fue colocado el niño Cristo. José era un carpintero y enseñó el oficio de carpintería a Jesús. Sí, la madera y los productos de madera, una vez más nos proporcionan tantos beneficios en nuestra vida cotidiana. La banca de la iglesia en que nos sentamos, las escaleras sobre las que caminamos, la Biblia que contiene la Palabra de Dios, los altares del sacrificio, las camas en que dormimos. Sí, incluso el pan que comemos contiene madera.

Así que preguntamos: ¿Por qué la Cruz? Somos redimidos cuando Jesús murió por nosotros en el madero de la Cruz. La madera que nos separó de nuestro padre celestial nos unió también con Él. Jesús se convirtió en el pan de vida para nosotros, que es nuestro alimento para el viaje de vuelta a nuestro padre celestial.

Preguntas de reflexión:

- 1) ¿Qué te separa de Dios?
- 2) ¿Escuchas activamente los deseos de Dios para tu vida?

Reflexión por el diácono Michael Hogan, parroquia Saint James the Less, Highland.